

4. El contexto: dibujando el terreno de juego

[Contenido, salvo últimas correcciones, del capítulo 4 de *Diseño de políticas sociales* de Fernando Fantova, 2014, Editorial CCS, páginas 65-90.]

Yo he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

Roy Batty en *Blade Runner*.

Al *pueblo de izquierdas*, por decirlo a la francesa manera, el alma se le ha caído a los pies. Igual que al replicante Roy Batty en la película *Blade Runner*, el instinto le dice que su tiempo se acaba. La izquierda, tal como la hemos entendido hasta ahora, ha entrado en fase de liquidación. Se muere. La fantasía revolucionaria hace años que dejó de tener sentido en un mundo basado en la aceleración constante y la socialdemocracia ya no dispone de recursos para seguir ofertando más seguridad desde la cuna hasta la tumba. ("He visto cosas que vosotros no creeríais: he visto a millones de obreros chinos trabajando doce horas al día cerca de Shanghai por menos de una décima parte de vuestro salario; he visto a miles de brasileños ascender desde la pobreza al primer escalón de la clase media; he conocido a los mejores ingenieros en las puertas de Bombay; he visto lo que decía el viejo himno: 'El mundo va a cambiar de base...'; es hora de retroceder", podría exclamar Batty en su último estallido de lucidez.) La izquierda seguidora se muere y las futuras luchas políticas serán protagonizadas por un difuso reformismo que intentará preservar aspectos básicos del Estado social a cambio de más años de trabajo, menos salario, menos visitas al ambulatorio, más tasas universitarias, menos funcionarios y mucho más riesgo personal, frente a un autoritarismo de nuevo tipo (llamarle extrema derecha no sería del todo exacto), que tendrá a su alcance la condensación sentimental de todos los malestares habidos y por haber. Vienen años muy confusos.

Enric Juliana, "Se está gestando un nuevo orden"¹

En este capítulo vamos a referirnos al contexto en el que, hoy y aquí, se diseñan las políticas sociales, al entorno al que deben dar respuesta. Intentaremos identificar, relacionar, interpretar y comprender algunos de los principales fenómenos o tendencias que observamos en nuestra sociedad y que habrán de ser tomadas en consideración por parte de las personas responsables del estudio, diseño, formulación, selección, implementación o evaluación de políticas sociales. Estamos pensando, fundamentalmente, en y desde el contexto español, pero esperamos que quien lea estas páginas desde otras ubicaciones (europeas, latinoamericanas u otras) pueda sentir suficiente identificación e interés. Efectivamente, si bien el caso español tiene especificidades, como las tienen, en su conjunto, los denominados países o regímenes de bienestar *mediterráneos* (Moreno, Luis, 2012, 55-57), en muchos casos, nos vamos a referir a tendencias o fenómenos que se observan también en otras latitudes. Por otra parte, desde el punto de vista temporal, procede, si queremos apuntar después a propuestas de cierto calado, no ceñirse a la rabiosa actualidad sino referirse a

¹ Artículo publicado en la página 24 de *La Vanguardia* del 31 de octubre de 2010.

procesos en curso que toman muchas veces décadas para ser reconocibles. El contexto (y, después, la propuesta) han de ser suficientemente específicos y suficientemente generales, buscando un punto de equilibrio en lo espacial y en lo temporal. Nuestra intención declarada, por cierto, es la de no ceder al tenebrismo² esforzándonos en identificar ventanas de oportunidad y palancas de mejora, sin caer para ello en una edulcoración idealista de la realidad. Por la temática del libro nos fijaremos más en la situación de los países llamados *desarrollados*, aunque no debamos perder nunca la referencia de los más empobrecidos, ya que todos los países forman parte de un “mundo común” (Garcés, Marina, 2013).

Crisis y cambio

Los graves problemas económicos, financieros, laborales o institucionales vividos en nuestro entorno desde 2007 han supuesto un acicate para la capacidad de análisis y prospectiva de muchas personas y organizaciones, que han contribuido y siguen contribuyendo a construir descripciones, análisis y valoraciones necesarias para hacerse cargo honesta y eficazmente de dichas situaciones. Sin embargo dichas narraciones suelen hacer referencia a procesos cuyo origen es anterior y que van más allá de unas u otras coyunturas circunscritas al crecimiento económico, el coste del endeudamiento, las tasas de empleo o la legitimidad de las instituciones en estos últimos años en unos determinados países. Cabría utilizar la metáfora de que esta crisis vivida en los últimos años, sin duda dolorosa y terrible, vendría a ser una *grieta* que revela fenómenos, cambios, crisis o procesos de más largo aliento.

Se ha dicho que la crisis que comienza en 2007 (o algo más tarde, según lugares) representa una edad de bronce (Moreno, Luis, 2012: 17) de nuestro (mayor o menor, mejor o peor) Estado de bienestar. Sin embargo, para referirse a un contexto más abarcador (en el tiempo y en los asuntos), algunas personas, desde la ciencia política y económica, hablan de un “cambio de época” (Subirats, 2011: 5), que se ha ido verificando en buena medida durante la llamada *edad de plata del welfare*, según denominación utilizada por Peter Taylor-Gooby, correspondiente, aproximadamente, al último cuarto del siglo XX y el comienzo del siglo XXI (Moreno, Luis, 2012: 215). Fernando Vidal, desde la sociología y la teoría social, se vincula a esta visión y dirá que “nos unimos a los planteamientos teóricos que sostienen que a final del siglo XX se produjo un cambio de época que ha recibido diversos nombres, como segunda modernidad o modernidad tardía” (Vidal, 2009: 575).

Se ha dicho que “la crisis financiera de 2008, que llevó a la llamada Gran Recesión, es sólo la última de un número de profundas contrariedades económicas desde la segunda parte del siglo XIX” (Starke y otras, 2013: 1) y frecuentemente se toma otra gran crisis (la que tuvo lugar a partir de las subidas de los precios del petróleo en los años setenta del pasado siglo) como fecha de comienzo de esa edad de plata del Estado de bienestar. Dichas fuertes convulsiones se manifiestan y se entienden en un contexto que debe ser comprendido analizando procesos y fenómenos más progresivos, más lentos, posiblemente más profundos, ya que, en realidad, las crisis (del petróleo o de las *subprime*, por seguir con los mismos ejemplos) no pueden entenderse, en su mera existencia y en la forma que adoptan, sino como manifestaciones de un determinado modelo económico, ecológico y cultural con su correspondiente gestión política y su impacto, en definitiva, social.

² Luis Moreno recuerda, por ejemplo, que, sólo en Europa, se estima que setenta millones de personas murieron a causa de guerras, hambrunas y diversos tipos de violencia entre 1914 y 1945 (Moreno, Luis, 2012: 216).

Política social: parte del problema, parte de la solución, en una red de fenómenos³

Peter Starke, en un estudio comparativo, ha mostrado, para las políticas sociales, la fuerza de la inercia institucional, el legado de la política o dependencia de la senda (*path dependence* o *path dependency*) de la que habla el neoinstitucionalismo histórico (Starke y otras, 2013: 10). Según este punto de vista, las políticas sociales, por diferentes razones (como su funcionamiento como estabilizadores automáticos⁴, el apoyo por parte de sectores de la población afectados en necesidades sensibles o su grado de institucionalización) no acostumbran a sufrir cambios radicales. Refiriéndose, por ejemplo, a las políticas sociales en la edad de plata, Luis Moreno señala su “encomiable resiliencia ante los persistentes ajustes a fin de contener los gastos sociales (*cost containment*) y para evitar retrocesos de las políticas de bienestar (*welfare retrenchment*)⁵” (Moreno, Luis, 2012: 17)⁶. Esta lentitud o parsimonia de los cambios en las políticas, de las *ciabogas*, de los *policy shifts* aconseja, por tanto, no quedarse en el análisis de una u otra coyuntura o crisis, sino profundizar en tendencias y fenómenos más de fondo y más prolongados.

Las políticas sociales, por otra parte, tienen peso e influencia en el contexto social general que queremos dibujar en este capítulo. Son causa y efecto. Como se ha dicho, “con los programas de política social llevándose alrededor de la mitad del gasto público virtualmente en la totalidad de los países ricos, la política social no es un asunto de segunda fila” (Starke y otras, 2013: 2). La tentación que sus grandes partidas representan para quien quiere hacer recortes es tan sólo una de las expresiones de la relevancia o impacto sistémico de las políticas sociales, que son vistas por los diferentes discursos políticos como parte del problema o como parte de la solución, en diferentes medidas y sentidos.

Globalización

Comenzamos a dibujar el terreno de juego haciendo pie, con Manuel Castells, en el proceso de globalización económica y financiera que se produce, en buena medida, gracias a nuevas tecnologías de la información, la comunicación y el conocimiento y singularmente a internet⁷. La globalización representa, por una parte, una

³ Tomamos esta expresión, libremente, de los informes de la Fundación Encuentro. En la ilustración 4.a. nos aproximamos a una representación, parcial y discutible, de dicha red de fenómenos.

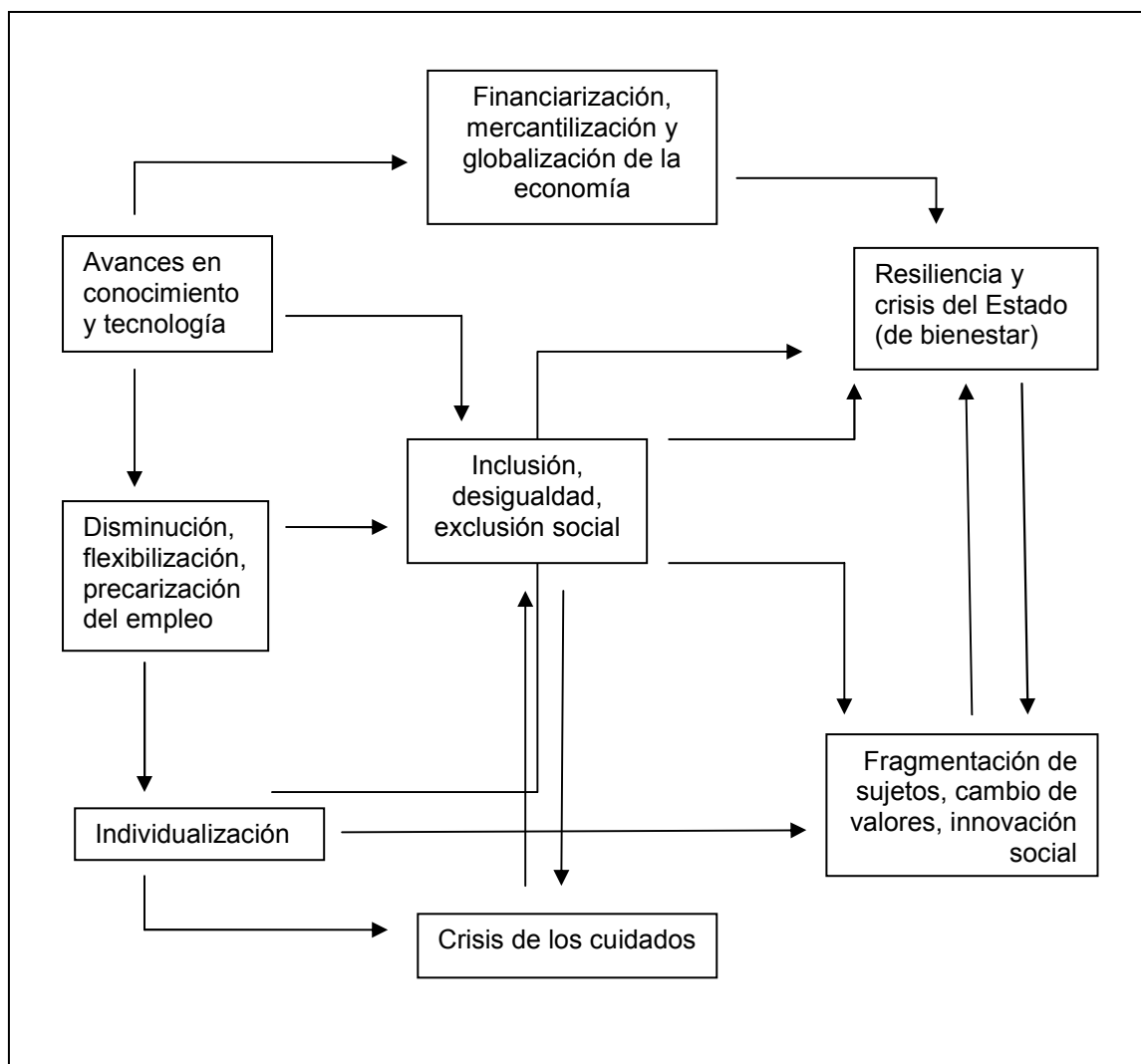
⁴ El típico ejemplo de lo que en economía se denomina *estabilizador automático* es el de las prestaciones económicas por desempleo, en la medida en que se trata de mecanismos relevantes para dar respuesta a coyunturas económicas sin necesidad de que medie, en la circunstancia concreta, una decisión política para activarlos.

⁵ Peter Taylor-Gooby habla de políticas de retroceso (recorte o retirada), realineamiento y recalibración. Según Paul Pierson, los regímenes liberales tienden más a la remercantilización (*recommodification*), los nórdicos se orientan más a la contención del gasto (*cost-containment*) y los continentales a la recalibración (*recalibration*) (Del Pino y Rubio, 2013b: 32). Hablaremos de estos tipos de régimen de bienestar, siquiera brevemente, en el capítulo 7.

⁶ Luis Moreno recuerda a este respecto que “los niveles de gasto público relativo a los programas de bienestar en el Reino Unido no sufrieron detrimento durante el dilatado gobierno conservador (1979-1996) y, si acaso, experimentaron un ligero aumento en sus cifras agregadas” (Moreno, Luis, 2012: 217).

⁷ El hecho de que comencemos haciendo referencia a la influencia de los avances científicos y tecnológicos en la globalización no significa que olvidemos lo que ésta (que es en buena medida globalización neoliberal) tiene de decisión y estrategia política (simbolizada por la reacción conservadora de Ronald Reagan y Margaret Thatcher) basada en un determinado

incorporación masiva de personas al mercado de trabajo (y al mercado, en general) en el mundo. La fuerza laboral mundial “ha pasado de 1.500 millones de trabajadores en 1985 a cerca de 3.000 millones en el año 2.000” (Ramos, Javier, 2010: 18), eso sí, “bajo condiciones sociales y laborales altamente precarias. De hecho, según la OIT [Organización Internacional del Trabajo] el 80% de la fuerza laboral carece de seguridad social o la que tiene es altamente insuficiente” (Ramos, Javier, 2010: 18).



4.a. Red de fenómenos

Países emergentes (como los reunidos con las siglas BRICS: Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica) ganan peso en la esfera internacional y lo pierden, en buena medida, muchos de los países que han sido referentes en materia de política social y sistema de bienestar. En ese contexto, Luis Moreno afirma que “en líneas generales, las últimas evoluciones de la mundialización económica parecen haber reducido a dos la escala de opciones de reformas del bienestar: (a) la adopción de un modelo de

modelo ideológico (representado por Milton Friedman y los *chicago boys*), que representaría una ruptura del pacto por el bienestar posterior a la Segunda Guerra Mundial y se orientaría en buena medida a disminuir el poder de agentes como las clases obreras industriales de los países occidentales y sus partidos y sindicatos representativos y a aumentar el poder de las grandes corporaciones incluso frente a los propios Estados.

individualización remercantilizadora, característico del neoliberalismo anglo-norteamericano, o (b) la asunción de un tipo de neoesclavismo laboral y de *dumping* social distintivo del modelo asiático emergente” (Moreno, Luis, 2012: 24). Cuando hablamos *dumping* social, nos referimos a la ventaja que obtienen en la competencia de una economía cada vez más globalizada los países o regiones cuyas remuneraciones por el trabajo o derechos sociales vinculados son notablemente inferiores que los de los países con Estado de bienestar (Fernández López, 2010: 83).

Por otro lado, en ese contexto, “hay signos de que está aumentando la economía informal y el tráfico ilegal de personas” (Ramos, Javier, 2010: 18). Roberto Velasco ha estudiado las *cloacas* de la economía y ha afirmado que la economía sumergida, irregular, corrupta o criminal se ha globalizado con mucha rapidez y eficacia y que puede suponer en torno a un tercio del producto interior bruto mundial⁸. Esta cuestión es crítica en relación con las políticas sociales, fundamentalmente por la ingente cantidad de recursos que dejan de obtener las administraciones públicas (que podrían dedicarse a políticas sociales) y también por la trampa de exclusión social que suponen estas dinámicas económicas para muchas personas.

Financiarización y mercantilización

Si, por un lado, la globalización o mundialización representa intensificación y extensión (por facilidades tecnológicas y decisiones políticas) de los intercambios mercantiles a escala global, a la vez, es un proceso mediante el cual se produce (también con apoyo en las tecnologías de la información y la comunicación) una creciente mercantilización⁹ y financiarización de la economía, es decir, una cada vez mayor preponderancia del mercado (y, singularmente, del dinero, del dinero virtual y del crédito) como mecanismo de satisfacción de necesidades, con sistemas que llegan a la sofisticación de la *negociación de alta frecuencia*, cada vez más utilizada por los *hedge funds*, que han llevado a la formulación de conceptos como el de *capitalismo de casino*. El grado y tipo de apalancamiento financiero, integración mercantil e interdependencia económica, por cierto, explica en buena medida, la velocidad y virulencia con la que una crisis financiera localizada inicialmente en Estados Unidos (en 2007) se transformó en crisis económica, laboral, social y política a escala internacional¹⁰.

Los procesos de mercantilización y financiarización de la economía, como decíamos, han llevado a un notable incremento de las oportunidades económicas para amplias capas de la población mundial pero, simultáneamente, han aumentado las desigualdades y el riesgo de pobreza en el mundo. Se exacerban los procesos de acumulación y desposesión¹¹, incrementándose notablemente la distancia entre las posiciones sociales o las capacidades de compra de las minorías ricas y las mayorías pobres. En ese entorno “España, (...) se posiciona en un preocupante tercer lugar, en la UE-27 en 2010, en cuanto al nivel de desigualdad de ingresos –índice de Gini–, y se ha distanciado también en los extremos de la desigualdad social: el 10% más rico tiene ahora cinco veces más ingresos que el 10% más pobre –la diferencia ha

⁸ Roberto Velasco afirma que si la economía sumergida de España se colocara al nivel medio de la Unión Europea, aflorarían 2,5 millones de puestos de trabajo.

⁹ Michael Burawoy se refiere a ésta como la tercera ola de mercantilización, después de la correspondiente al siglo XIX y la de la primera mitad del siglo XX.

¹⁰ La negociación de alta frecuencia (*high frequency trading*) se realiza informáticamente en microsegundos sin que medien decisiones de personas. Los *hedge funds* son fondos de alto riesgo. El concepto de apalancamiento se refiere a la proporción entre capital y crédito.

¹¹ David Harvey ha acuñado la expresión “acumulación por desposesión”.

aumentado un 16,3% desde 2007– sobre todo por el empeoramiento de la situación de los más pobres” (Laparra y Pérez Eransus, 2012: 181).

Inclusión, desigualdad y exclusión

Las clases medias crecen a escala global, grandes contingentes de personas en países emergentes se incorporan a nuevos mercados de bienes y servicios y buena parte de estas clases medias resisten las crisis notablemente mejor que los sectores precarios y excluidos en la mayor parte de los países. Como se ha recordado, “no conviene olvidar que en todos los países ricos persisten niveles significativos de pobreza. Aunque es cierto que, en las últimas décadas, la acción del Estado de bienestar ha conseguido reducir notablemente ciertas formas y expresiones de la pobreza asociadas a ‘viejos riesgos sociales’¹², no lo es menos que han aparecido otras nuevas. Estos nuevos perfiles contribuyen a mantener a un porcentaje variable de la población de los distintos países ricos en un estado de vulnerabilidad económica que lleva aparejada generalmente diversas formas de exclusión social. Sociólogos y politólogos reconocen en estos ‘nuevos pobres’ una nueva clase marginal (*underclass*) que pugna por no quedar definitivamente relegada en lo que se ha llamado también *sociedad de los dos tercios*”. (Marí-Klose, Pau y Marí-Klose, Marga, 2013: 311). “En países como España, cerca de una tercera parte de la población asalariada está empleada con un contrato temporal y un porcentaje no desdeñable (aproximadamente el 9%) trabaja en la economía sumergida sin contrato (...). Desempleados desprotegidos o subprotegidos y trabajadores precarios (*working-poor*) constituyen el grueso de las nuevas formas de pobreza características de las economías postindustriales” (Marí-Klose, Pau y Marí-Klose, Marga, 2013: 315).

El VIII Informe del Observatorio de la Realidad Social de Cáritas ha confirmado los resultados de estudios anteriores, también de la Fundación FOESSA, sobre el carácter contracíclico de la desigualdad de la renta en España, que aumenta cuando hay recesión económica pero no disminuye cuando se crece económicamente, mientras la exclusión extiende sus factores de riesgo y la exclusión extrema persiste. Este informe habla del “empobrecimiento de la sociedad y el riesgo de fractura social que, más allá de la coyuntura de la crisis, están suponiendo la consolidación de una nueva estructura social donde crece la espiral de la escasez y el espacio de la vulnerabilidad” (Cáritas Española, 2013: 3).

Para el caso de América Latina, Rolando Franco dice que “hoy en día está regresando el imaginario de la clase media como motor de consumo de la sociedad, gracias a la expansión de consumo de bajo costo y el acceso de los nuevos sectores medios al mercado crediticio y financiero. Si bien el papel histórico que se le ha atribuido a la clase media ha sido el fuelle de las alianzas políticas y pilar de la cohesión social, sabemos que ella no encarna necesariamente la vocación democrática de la sociedad y que en la actualidad tampoco está clara su vinculación con el Estado en materia redistributiva y de acceso a las prestaciones públicas. El papel tradicional vinculado con la educación, el cuello blanco y la cultura moderna, está siendo reemplazado por la conectividad, la reflexividad y la inestabilidad laboral, así como su ampliación a los nuevos sectores” (Franco y otras, 2010: 37). En países de América Latina y otros países emergentes nos encontramos con clases medias objetivamente más precarias que, por ejemplo, las españolas o europeas pero, posiblemente, con una expectativa

¹² La expresión *viejos riesgos sociales* se refiere a aquellas contingencias más explícita y eficazmente previstas y protegidas por los sistemas clásicos de bienestar, como la enfermedad, el desempleo o la pérdida de ingresos del trabajo por la jubilación.

de progreso o mejora. Mientras tanto, las clases medias españolas o de otros países europeos se pueden sentir amenazadas por procesos de precarización y desubicación y se pueden volver, en ocasiones, más reactivas o reaccionarias.

En cualquier caso es evidente que la globalización está suponiendo un incremento de las desigualdades. A comienzos de 2014, Oxfam mostraba en un informe algunas magnitudes al respecto y señalaba que “el último cuarto de siglo ha sido testigo del aumento de la concentración de la riqueza en manos de un menor número de personas. Este fenómeno mundial es la causa de la situación actual, en la que el 1% de las familias del mundo posee casi la mitad (el 46%) de la riqueza mundial. Por su parte, la riqueza de la mitad más pobre de la población es menor que la de las 85 personas más ricas del mundo” (Oxfam, 2014: 5)¹³. Thomas Piketty ha estudiado el rápido incremento de la desigualdad en el mundo a partir de los años 1970-1980 y recuerda que, por ejemplo, en Estados Unidos “la parte del decil superior recobra en los años 2000-2010 un nivel que supone el 45%-50% del ingreso nacional” (Piketty, 2013: 36)¹⁴. Estudia también, por ejemplo, el valor total de los patrimonios privados en Europa (Alemania, Francia, Reino Unido) y la manera en que recuperan peso frente a la renta a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, afirmando que “la relación capital/ingresos se sitúa en los años 2000-2010 como equivalente a cinco o seis años de renta nacional tanto en el Reino Unido como en Francia” (Piketty, 2013: 38)¹⁵.

A la vez se han multiplicado los riesgos ecológicos para el planeta. Ignacio Sotelo afirma que, “entre los muchos desafíos a los que se enfrenta nuestra civilización, el que a más corto plazo nos amenaza es sin duda la proliferación de armas nucleares, seguido de la explosión demográfica, el cambio climático, la escasez de agua y el agotamiento de materias primas” (Sotelo, Ignacio, 2010: 400). Sabemos que el crecimiento económico tiene un límite, que el planeta, en términos ecológicos, no soportaría la extensión a todo el mundo del estilo de vida de las clases medias y altas de los países ricos.

Sociedad del conocimiento

Tomando otro hilo, diremos que el desarrollo y expansión de las tecnologías avanzadas de la información y la comunicación ha impulsado la denominada *sociedad del conocimiento*. Innerarity asocia este concepto al de modernización reflexiva y afirma que “aunque hay razones para mostrarse escépticos frente a los anuncios de cambios de época, al menos nadie discutirá que se observan cambios graduales en dirección a una centralidad del conocimiento en nuestras sociedades (...)”¹⁶. Los

¹³ En el informe de la OCDE (Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico) titulado *Society at a glance 2014* se señala que, entre 2007 y 2010, el 10% más pobre de la sociedad española perdió prácticamente un tercio de su ingreso (la mayor caída en entre los países de la OCDE). En esos mismos años, el 10% más rico perdió aproximadamente un 1% de renta al año.

¹⁴ Piketty afirma que “hay que tener cuidado con cualquier determinismo económico en esta materia: la historia del reparto de la riqueza es en todo caso una historia profundamente política (...) El incremento de las desigualdades después de los años 1970-1980 debe mucho a los retrocesos políticos de los últimos decenios, sobre todo en materia fiscal y financiera” (Piketty, 2013: 32).

¹⁵ El peso de la riqueza acumulada frente a la riqueza generada había descendido más o menos a la mitad en el período entre las dos grandes guerras, según Piketty.

¹⁶ No estará de más, por cierto, recordar que “en ninguno de los estudios futurológicos de los años ochenta se mencionan innovaciones que, como internet, han cambiado por completo el acceso a la información y las formas de relacionarse” (Sotelo, Ignacio, 2010: 413).

factores tradicionales de producción (tierra, trabajo, capital) pierden importancia frente al saber experto” (Innerarity, 2011: 56). La sociedad del conocimiento, a su vez, genera nuevas formas y oportunidades de inclusión y bienestar junto a inéditas amenazas de exclusión e incremento de las desigualdades.

Como ha señalado Subirats, “no hay espacio hoy día en el que internet no tenga un papel significativo y esté transformando las condiciones en que antes se operaba (...). Y ello (...) afecta, sobre todo, a las instancias de intermediación que no aportan un valor claro (...), desde (por poner ejemplos) las agencias de viaje a las bibliotecas, de la industria de la cultura o las universidades a los periódicos, desde los partidos políticos a los parlamentos” (Subirats, 2012: 71). “En la emergente realidad productiva, el tema de la escala no presenta los mismos problemas con los que trató de enfrentarse el sistema fordista” (Subirats, 2012: 73). Internet y las redes sociales (como Facebook o Twitter) posibilitan nuevas dinámicas y estructuras de relación directa entre personas, de participación en procesos sociales, de intercambio económico y de movilización política. Generan, simultáneamente, desconocidos riesgos y amenazas de control, manipulación, exposición y mercantilización de la vida privada (por ejemplo mediante el manejo del conjunto de datos denominado *big data*).

En la globalización los países y las regiones compiten cada vez más entre sí, intentando facilitar o dificultar, según los casos, los diversos flujos (de capital, de mercancías o de personas) en función de su interés. En esa competencia globalizada, pueden contar ventajas comparativas en términos de *dumping* social o, en el otro extremo, de capacidades instaladas (estructura o planta productiva) de alto valor añadido y difícilmente replicables. El problema sería quedarse a medio camino, como le ha pasado en alguna medida a España, que había fiado en gran medida su crecimiento económico previo a la última crisis a sectores *low cost* (como la construcción, en la llamada *burbuja inmobiliaria*), poco tecnológicos y refugio de inversión especulativa o no productiva, especialmente vulnerables, por tanto.

Lógicamente, habrá una correlación entre la potencia de una región o un país para competir sosteniblemente en la economía globalizada y su capacidad para sostener un Estado de bienestar nacional o regional mediante la recaudación de cotizaciones sociales o de impuestos a su población. En esta última crisis se ha visto claramente cómo algunos de nuestros Estados se han endeudado en los mercados financieros internacionales, comprometiendo en alguna medida el bienestar de sus futuras generaciones. Posteriormente han aplicado políticas de ajuste entrando en un círculo vicioso, profecía autocumplida o bucle recesivo (menos actividad económica-menos empleo-menos impuestos-más demandas de prestaciones y apoyos dirigidas al Estado-menos facilidades para financiarse de particulares y Estados-recortes en políticas públicas-menos actividad económica-deslegitimación de Estados). La dependencia de la senda (*path dependency*), por otra parte, hace que sea más fácil realizar recortes (*menos café para todos*¹⁷) que reformas o reconfiguraciones y, en lo que toca a políticas sociales, determina que sea más fácil recortar en las ramas menos institucionalizadas legalmente, menos consolidadas entre la población y menos soportadas corporativamente. Es lo que ha pasado, en la última crisis en España, con los servicios sociales, singularmente, con lo relacionado con el desarrollo y aplicación

¹⁷ Se denomina evitación de culpa (*blame avoidance*) al mecanismo de defensa de las personas con responsabilidades políticas que toman decisiones (o, más bien, dejan de tomarlas) por temor a las reacciones a corto plazo de las personas perjudicadas (aunque sean pocas) en lugar de tener en cuenta los beneficios a largo plazo (aunque sean muchos) (Pierson, Paul, 2014: 165).

de la Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las Personas en Situación de Dependencia, y, no digamos, con la cooperación para el desarrollo con países del Sur.

El empleo

En este contexto tecnológico, económico, político e ideológico, por otra parte, pierde peso el trabajo (el empleo remunerado) como factor de producción, otorgador de identidad y articulador de sujetos. Así, Ignacio Sotelo se refiere a “la escasez creciente de trabajo asalariado no cualificado en un sistema productivo cada vez más automatizado” (Sotelo, Ignacio, 2010: 407). A este respecto, el caso español ha resultado en los últimos años especialmente dramático. Según Miguel Laparra y Begoña Pérez Eransus, “el análisis comparativo nos sugiere que el impacto diferencial de la crisis económica en la destrucción de empleo en nuestro país no se debe exclusivamente a una estructura económica con amplios sectores de baja productividad –concretamente a la caída del sector de la construcción–, sino que también tiene que ver con el modelo dual de gestión de la flexibilidad (...). La reforma laboral recientemente aprobada en España en un contexto de contracción del mercado –orientada a reducir esa dualidad del mercado de trabajo a largo plazo (a la baja)– difícilmente tendrá incidencia real en la recuperación del empleo a corto plazo y, sin embargo, ha privado de importantes mecanismos de protección del empleo, que parecen haber funcionado en otros casos, como en Francia, combinados con fuertes dosis de flexibilidad interna, para evitar el aumento del desempleo” (Laparra y Pérez Eransus, 2012: 180). Richard Sennet en *La corrosión del carácter* ha retratado este escenario de fragmentación, precarización y dualización en el mundo del trabajo y sus consecuencias sociales.

Individualización

Por otro lado, cuando hablamos de mercantilización de la respuesta a necesidades, lo hacemos, correlativamente, del hecho de que se espera encontrar respuesta a muchas necesidades, cada vez más, en el mercado y, cada vez menos, en las redes primarias, familiares y comunitarias. Estamos sugiriendo que la mercantilización va de la mano con dinámicas de destrucción o deterioro de bienes relacionales en el que ha sido descrito como proceso de “individualización” (Beck, 2006: 255). En nuestras sociedades, mujeres y hombres encuentran oportunidades para un proceso de individualización en el que su biografía viene menos predeterminada por sus entornos familiares, comunitarios o laborales, y, junto a las oportunidades, aparecen también “nuevos riesgos sociales”¹⁸ (Taylor-Gooby, 2013a: 108-115), a la vez que se va ensanchando el heterogéneo grupo denominado “precariado” (Standing, 2011).

Como ha dicho César Rendueles, “la historia de los últimos tres o cuatro siglos –que en parte es la historia de algunos cambios tecnológicos de dimensiones sísmicas– está marcada por una progresiva fragilización de las relaciones sociales tal y como la humanidad las había conocido hasta entonces. Las ciencias humanas se han mostrado casi unánimes al relacionar la modernización con la destrucción de los lazos comunitarios tradicionales” (Rendueles, 2013: 87). Refiriéndose al capital social, a los lazos o vínculos relacionales o comunitarios, Enrique Gil Calvo ha utilizado la metáfora del colesterol, diciendo que lo hay bueno y malo (Gil Calvo, 2006: 42). Efectivamente, la destrucción de bienes relacionales o capital social es positiva cuando lo que se

¹⁸ Como siempre que se opta por el adjetivo *nuevo* para caracterizar una realidad, surge la pregunta de hasta cuándo esos riesgos serán nuevos.

destruye es maltrato intrafamiliar o control social punitivo¹⁹. No lo es, por ejemplo, cuando desemboca en la muerte en la soledad de su domicilio de la persona mayor con limitaciones funcionales o en el alcoholismo de la persona inmigrante sin amistad ninguna.

Si los viejos riesgos sociales son, como decíamos, aquellos que el sistema de bienestar clásico tenía más previstos (como los relacionados con la enfermedad, la situación de desempleo o la pérdida de ingresos por trabajo cuando nos jubilamos), los llamados *nuevos riesgos sociales* están relacionados con las dificultades que acarrearán los cambios sociales que acontecen en la transición a la llamada sociedad postindustrial: acceso o adaptación a mayor cualificación y flexibilidad en el empleo; cuidados de larga duración en situación de limitación funcional; conciliación de la vida familiar y laboral a medida que se va superando la situación de división sexual del trabajo; e incluso la gestión de la respuesta a los propios recortes, retrocesos, realineaciones o recalibraciones del sistema público de bienestar.

Ulrich Beck habla de la *modernidad reflexiva* y la *sociedad del riesgo* como marcos de referencia para los procesos de individualización, en los que las dinámicas de identidad y pertenencia de las personas aparecen cada vez menos determinadas por su familia, su clase, su empleo o su comunidad, que son calificadas como *categorías zombis*. A este tipo de sociedad se refiere Zygmunt Bauman cuando trata de la *modernidad líquida*. Según estos autores, los propios avances científicos y tecnológicos dan otra dimensión al concepto de riesgo. No podemos olvidar que no hace tanto tiempo que la humanidad, por primera vez en su historia, ha desarrollado la capacidad tecnológica para autodestruirse de forma completa. Fernando Vidal ha subrayado la creciente imprevisibilidad de las consecuencias de los fenómenos en los entornos complejos (en los que se produce el efecto mariposa²⁰) y ha señalado que “la sociedad de riesgo es sobre todo un desarrollismo del futuro que hipoteca la sostenibilidad” (Vidal, 2009: 582). Innerarity ha subrayado nuestra dificultad para prever y gestionar riesgos sistémicos. Según Serge Guérin, “la tercera modernidad reinventa el individuo, con la revolución de la información. Ella reconfigura profundamente los vínculos sociales, los ritmos de vida, el espacio y la temporalidad” (Guérin, 2010: 7).

Demografía

A la vez, las propias mejoras en tecnología, salud, calidad y estilo de vida contribuyen al aumento de la esperanza de vida y a una nueva *transición demográfica*²¹. En

¹⁹ Manuel Delgado, en su antropología de los espacios urbanos, dice que “el espacio público tiende a constituirse en escenario de un tipo insólito de estructuración social, organizada en torno al anonimato y la desatención mutua o bien a partir de relaciones efímeras basadas en la apariencia, la percepción inmediata y relaciones altamente codificadas y en gran medida fundadas en el simulacro y el disimulo” (Delgado, 1999: 12).

²⁰ La expresión procede de un artículo de Edward Lorenz titulado “¿El movimiento de las alas de una mariposa en Brasil puede provocar un tornado en Texas?”. Los descubrimientos de Lorenz fueron fundamentales para el desarrollo de la teoría del caos y, con ella, del estudio de las dinámicas de cambio en los sistemas complejos.

²¹ Julio Pérez Díaz y otras personas con las que colabora hablan de *revolución reproductiva*, entendida como un enorme incremento de la eficiencia de la población para reproducirse. Con menor esfuerzo en términos de nacimientos y crianza, se consigue más población (gente simultáneamente viva). En cualquier caso es y debe ser objeto de preocupación y debate, en nuestra sociedad, el que tiene que ver con las proporciones más o menos preferibles o

palabras de la Organización Internacional del Trabajo, “el nuevo contexto demográfico se caracteriza principalmente por la inevitable e irreversible tendencia al ‘envejecimiento de la población’ —un declive de las tasas de mortalidad y fertilidad y una mayor longevidad— que son a la vez la consecuencia y la prueba del considerable progreso social y económico alcanzado por la humanidad en su conjunto, y que son motivo de celebración. Ahora bien, este cambio estructural a nivel mundial puede presentar un desafío para las sociedades y para el mundo del trabajo en particular. En todo el mundo, la tasa de crecimiento demográfico está disminuyendo, pero el aumento estimado de la población en más de 2 000 millones de personas durante los próximos cuatro decenios sigue planteando un importante desafío. El grupo de población de 60 años o más está creciendo más rápidamente que cualquier otro grupo de edad, y su número se habrá casi triplicado de aquí a 2050. Los datos e información recopilados y analizados (...) ponen de manifiesto que esta transición demográfica está afectando o afectará a todos los países —industrializados y en desarrollo— en todas las regiones, aunque en distintas medidas y en diferentes momentos” (OIT, 2013: 1).

La prolongación de las trayectorias vitales de tantas personas en el mundo proporciona a la humanidad los denominados “dividendos demográficos” (OIT, 2013: 36), es decir, beneficios para cada persona y para la sociedad en general, derivados del hecho de que, en una trayectoria vital más prolongada, las personas pueden construir patrimonios de conocimiento, de relaciones, de infraestructuras o de dinero más valiosos: más valor económico y social agregado. Sin embargo, muchas veces, se tiende a presentar el aumento de la esperanza de vida como un problema. Se da la paradoja de que lo que deseamos individualmente (vivir más años) se nos aparece problemático en la medida en que lo conseguimos colectivamente. En cualquier caso, el que hablemos, fundamentalmente, en términos de dividendos demográficos, no quiere decir que no seamos conscientes de que la transición demográfica nos obliga, socialmente, a nuevos cambios, adaptaciones, innovaciones y transformaciones que, si no son realizadas de forma inteligente y audaz, llevarán a desequilibrios (ya lo están haciendo) y a situaciones, por ejemplo, de escasez de mano de obra productiva y competitiva en determinados lugares y sectores o, lo que es más relevante, de desprotección de personas con limitaciones funcionales o insuficientes recursos económicos.

Crisis de los cuidados

Ahora bien, el alargamiento de la esperanza de vida no se produce siempre, en absoluto, libre de discapacidad, de modo que hay más personas con limitaciones funcionales, siendo especialmente relevante en los últimos años la mayor cantidad de personas con Alzheimer u otras demencias. Según la Encuesta de Discapacidad, Autonomía personal y situaciones de Dependencia (España, 2008), por ejemplo, presentan discapacidad un 63,6% de las personas de 85 años o más, un 47,5% de las personas entre 80 y 84, un 36,9% de las personas entre 75 y 79, un 26,4 % de las personas entre 70 y 74 y un 19% de las personas entre 65 y 69. Por otro lado, aunque en España la familia sigue siendo un importante factor de protección e inclusión social²², se viene produciendo una “verticalización de las redes familiares. Un 82% de

gestionables entre personas de diferentes edades, tomando en consideración, en cada momento y para cada franja de edad, la prevalencia de la dependencia funcional.

²² “Sólo el 6,4% de los hogares afectados por el desempleo en España son de una persona sola. En contraste, la proporción en Dinamarca es de cuatro sobre diez” (Laparra y Perez Eransus, 2012: 185)

las personas [en España] forman parte de una red familiar compuesta por, al menos, tres generaciones. Por otra parte, el paulatino descenso de la fecundidad ha hecho disminuir también el número de hermanos de generación en generación. Ambos procesos están generando una estructura de las redes de parentesco que puede calificarse, con un símil gráfico, de 'estructura tipo guisante': se tienen muchos ascendientes y pocos colaterales y descendientes" (Meil, 2011: 188). Además, en lo tocante a los roles de mujeres y hombres, María Ángeles Durán recuerda que "en España la preferencia por el modelo de familia de doble carrera igualitaria se ha instalado sólidamente. Según un estudio reciente del CIS [Centro de Investigaciones Sociológicas], es el preferido por más de dos tercios de la población" (Durán, 2012: 206). Sin embargo, como señala esta autora, se percibe una cierta distancia entre lo que se declara retóricamente acerca de la igualdad entre mujeres y hombres y la realidad efectiva a la hora de asumir las responsabilidades familiares y la realidad. Así, "en la misma encuesta citada, el 64% de las mujeres, frente al 16% de los varones, dijeron ser ellas quienes se encargaban de las tareas domésticas más importantes del hogar" (Durán, 2012: 206).

Así pues, el control de la natalidad y el avance en la conciencia de la igualdad entre mujeres y hombres lleva al cuestionamiento de la tradicional división sexual del trabajo. Va desapareciendo, cada vez en más países, el predominio de la familia nuclear tradicional de carácter patriarcal y se diversifican los tipos de familia y los modos de convivencia. Por otra parte, nos encontramos ante la prolongación de la esperanza de vida y el aumento de las situaciones de limitación funcional y necesidad de apoyo. A la confluencia de estos fenómenos y a sus consecuencias podemos llamarla "crisis de los cuidados" (Pérez Orozco, 2010: 32; Carrasco, 2013: 46). Tomar conciencia de la crisis de los cuidados es darnos cuenta de hasta qué punto el sistema clásico de bienestar (y su correspondiente modelo social) había dado por descontados mecanismos fundamentales para la sostenibilidad de la vida, para la reproducción de la vida, para la calidad de vida, para la vida buena, para el mundo de la vida de las personas. En buena medida habían pasado desapercibidos, habían sido invisibles para la economía, las ciencias sociales o la política una serie de fenómenos. Se ha denominado *biopolítica* a esta aparición o reaparición en la arena pública y en la agenda política de estas cuestiones (*issues*). Al respecto, en muchas ocasiones ha recuperado Imanol Zubero la reflexión de Herbert Marcuse sobre la rebelión del instinto de vida contra el instinto de muerte socialmente organizado.

En este contexto emergen con fuerza preocupaciones y propuestas relacionadas con la gestión flexible de las actividades diversas a lo largo del ciclo de vida de las personas y las relaciones intergeneracionales; la conciliación de la vida personal, familiar y laboral y los horarios para la vida cotidiana²³; la calidad ambiental de la vida urbana; o la igualdad entre mujeres y hombres y, en general, entre las diversas categorías o clases de personas. La agenda política y social clásica centrada en disputas sobre recursos económicos entre clases sociales se ve aumentada y reconfigurada con nuevos asuntos y análisis. La globalización es también, por otra parte, un aumento de la deslocalización y relocalización de empresas y de los flujos migratorios. "Las fronteras estatales han perdido gran parte de su anterior solidez y no sirven ya para impedir los grandes movimientos migratorios que nadie duda que irán en aumento" (Sotelo, Ignacio, 2010: 396). "Se ha calculado que un 16% de la población adulta de todo el mundo está dispuesta a emigrar, a la cabeza el África subsahariana con un 38% (Sotelo, Ignacio, 2010: 411).

²³ Agnes Heller ha estudiado con profundidad la vida cotidiana como fenómeno social.

Valores

Los procesos de individualización de trayectorias e incremento de las desigualdades (especialmente al interior de cada sociedad) están relacionados (existiendo causalidades y consecuencias en ambos sentidos) con cambios en los valores. Así, se ha hablado del *individualismo posesivo*²⁴. Según Luis Moreno, “los individuos asociales son alérgicos al EB [Estado de bienestar], y sólo aceptan una versión residual del mismo con un mínimo coste y un máximo beneficio para ellos. Tal visión suele correr paralela a la convicción de que la (pos)modernidad (neo)liberal ha alcanzado una fase complaciente de ‘liquidez’ y ‘reflexividad’ en la que las personas se labran personalidades flexibles y adaptables a las situaciones contingentes y de riesgo que se les presentan en sus cursos vitales (...). El individualismo posesivo no solo proclama la liberación de los individuos de sus ligámenes colectivos, sino que también los emplaza a la construcción autónoma de sus propias biografías vitales” (Moreno, Luis, 2012: 37-38). Los procesos de individualización de biografías y cambios de valores son también, como veremos, procesos de deconstrucción y recomposición de sujetos o agentes en la arena social y política.

Anthony Giddens consideró prematuro hablar de posmodernidad, y su pensamiento se expresa mejor con el concepto de *modernidad tardía* (Sztompka, 1995: 107). Sea como fuere, en este contexto de pensamiento se inscribe el análisis de Ronald Inglehart sobre los valores postmaterialistas, relacionados con la pérdida de confianza respecto un progreso económico y social indefinido (Dente y Subirats, 2014: 49). Muchos pensadores pondrán el énfasis en que los grandes relatos nos llevan al Holocausto o al *gulag* y reivindicarán el potencial emancipador de los pequeños relatos, recuperando la importancia de lo microsociedad, lo comunitario, lo cotidiano, lo interpersonal y lo personal ante la decepción sentida ante las grandes utopías. Sin embargo hay aproximaciones críticas a este contexto cultural. Giles Lipovetsky, por ejemplo, lo retrata y critica con el concepto de *altruismo indoloro*. En todo caso, la globalización afecta a los medios de comunicación y a los procesos de producción y reproducción cultural. Dichos procesos, cada vez más globales e influyentes, contribuyen a la construcción social de la realidad en los términos establecidos por los núcleos de poder en esas redes mundiales de comunicación. Por otra parte, la reducción de costes y la interactividad creciente que se observan en las tecnologías de la comunicación ofrecen a su vez nuevas oportunidades a nuevos actores sociales y propuestas de valores. Fernando Vidal habla de un “capitalismo de identidad” (Vidal, 2009: 577).

Los valores sociales están relacionados, también, con los comportamientos y preferencias políticas en la globalización, para entender la cual es fundamental recordar que, en ese contexto, se produce el fracaso o colapso histórico de las experiencias de economía planificada del llamado *socialismo real* (Castells, 1996: 27) y la hegemonía ideológica y política de las corrientes neoliberales en la escena internacional y, en buena medida, en las recetas y orientaciones de los organismos multilaterales. Luis Moreno ha hablado del “asedio ideológico neoliberal” (Moreno, Luis, 2012: 18): el comunismo real perdía así su capacidad intimidatoria (por miedo al contagio, efecto demostración o efecto dominó), en virtud de la cual fuerzas políticas no socialistas o socialdemócratas (como las liberales o democristianas) pudieron ser

²⁴ Crawford Brough Macpherson, politólogo canadiense, escribe en 1962 su *Teoría política del individualismo posesivo* como análisis crítico, desde el marxismo humanista, de esa corriente liberal de pensamiento y de su importancia en la configuración del mercado realmente existente.

más proclives a pactar y desarrollar las políticas sociales del Estado de bienestar, sobre la base, por cierto, de estrategias y sistemas de previsión y mutualismo que existían previamente (Moreno, Luis, 2012: 19). La llegada al poder de Margaret Thatcher, en 1979, es emblemática de la ruptura del consenso económico, político y social preexistente; es arquetípica su conocida frase: “No existe algo llamado sociedad, hay hombres y mujeres individuales”.

Crisis del Estado (de bienestar)

Nos encontramos ante la resistencia o resiliencia (subrayada por autores como Claus Offe) pero también ante la crisis del Estado de bienestar, entendida como crisis del modelo clásico que se articuló en la denominada por Luis Moreno “edad de oro”²⁵. No cabe hablar, como decíamos, de un desmantelamiento del Estado de bienestar. Así, en España, incluso en la crisis que comienza en 2008, “la primera constatación es que la crisis de empleo y el hundimiento de los ingresos en los sectores más desfavorecidos todavía no se han traducido en un aumento de las privaciones más severas –carencia de los bienes esenciales y básicos–. Sorprende incluso que sean reducidas las diferencias entre España y los países con los que la hemos comparado, en este aspecto, directamente relacionado con las condiciones y la calidad de vida” (Laparra y Pérez Eransus, 2012: 183).

Lo que sí ocurre es que el Estado (y específicamente el Estado protector) comprueba sus limitaciones o incapacidades tanto para gobernar la globalización económica como para hacer frente a los riesgos tradicionalmente cubiertos por los sistemas públicos de protección social y a los nuevos riesgos y necesidades sociales en una sociedad de creciente complejidad que ya no se articula en los dos grandes sujetos (clase trabajadora y clase capitalista) que habían construido, entre tensiones y acuerdos, el contexto en el que surge el Estado de bienestar. Analistas del tránsito a la sociedad postindustrial, como Daniel Bell, se han referido a esta desarticulación y reconfiguración de los sujetos sociales y, finalmente, políticos.

Fragmentación y recomposición de sujetos

Nuevas líneas divisorias, contradicciones y diversidades (sexuales, generacionales, culturales o funcionales) reclaman su relevancia en la arena política y electoral, en las dinámicas de exclusión e inclusión social y en la generación de nuevas demandas, catalizadas por una cultura consumista, dirigidas en muchos casos al propio Estado, que sufre procesos de deslegitimación (que se ceba en ocasiones de forma especial en determinados programas o aspectos del Estado de bienestar, que supuestamente no beneficiarían a quien lo necesita o beneficiarían a quien no lo merece). Las instituciones son calificadas como “extractivas” (Acemoglu y Robinson, 2012: 86). Pensadores como Álvaro Delgado-Gal han alertado sobre los fenómenos de clientelismo político y corrupción política en los que han incurrido en algunos casos las personas con responsabilidad de decisión en el ámbito de las políticas sociales y las políticas públicas en general, en situaciones que, lamentablemente, no podemos considerar puramente episódicas o excepcionales sino, honestamente, identificarlas como efectos no deseados o perversiones con cierta probabilidad de ocurrir en el sistema. Nos encontraríamos ante el típico problema de agencia, en el que primarían, en las personas con responsabilidades políticas o administrativas, intereses espurios

²⁵ La edad de oro del Estado de bienestar es una expresión que corresponde más a otros países europeos que a España, que accedió con retraso y en menor medida que otros a determinadas cotas de bienestar.

(particulares, de partido, corporativos o de determinados grupos) por encima o en contra del interés colectivo o general. En cualquier caso, tengan mayor o menor fundamento las acusaciones de despilfarro y corrupción, las percepciones correspondientes van a llevar a exigencias y dinámicas de mayor control, transparencia y evaluación (o ajuste y control, en otras versiones) de las políticas públicas y, especialmente, de las políticas sociales.

César Rendueles, sin embargo, afirma que “los sociólogos, politólogos y economistas han concluido que la desigualdad de clase ha perdido peso en un mundo global de redes sociales en constante flujo. Y nos lo hemos creído (...). En realidad, una noción de clase social basada en criterios amplios y poco precisos –los ingresos, el control sobre el propio trabajo y el prestigio social– resulta más intuitiva que nunca e imprescindible para entender quién gana y quién pierde, y hasta qué punto lo hace, en el mundo contemporáneo” (Rendueles, 2013: 183). Sea como fuere, los mecanismos e instrumentos de solidaridad del Estado de bienestar que, originariamente, fueron el fruto de la previsión y el mutualismo de la clase obrera y de las capas populares, son vistos ahora por buena parte de dichos sectores como objeto de consumo pasivo y pueden tener incluso el efecto no deseado de la pérdida de capital social y músculo solidario en los propios sectores populares que, por razones generacionales, han disfrutado siempre de determinados derechos o prestaciones. Enrique Gil Calvo ha afirmado que “el Estado de bienestar, con su provisión universal de derechos sociales, ha generado (...) efectos no queridos (...). Al ofrecer servicios públicos de protección social provistos por redes formales administrativas, ha suplido primero y ha terminado por sustituir después a las redes sociales informales de confianza, solidaridad y compromiso colectivo (grupos de ayuda mutua, movimiento asociativo...) que antes articulaban el tejido social dotándolo de espesor y densidad cívica. En consecuencia, tanto las clases trabajadoras como las clases medias urbanas han ido viendo cómo se devaluaba y amortizaba su anterior capital social, pasando a disgregarse y atomizarse hasta caer en el aislamiento de la individualización y el familismo amorale” (Gil Calvo, 2012).

Cuanto más críticas son las convulsiones y más duramente afectan a grupos cada vez más amplios de personas, más se pueden exacerbar los discursos demagógicos que, normalmente, buscan culpables fáciles de identificar e intentan desresponsabilizar a cada persona, a la mayoría de las personas. Así ocurriría cuando se critica, por ejemplo, el salvamiento de los bancos pero no se quiere ver hasta qué punto la fuerza de los bancos reside en buena medida en que el sistema financiero ha conectado con los intereses y objetivos de amplias capas de la población generando estructuras demasiado grandes para dejarlas caer (*to big to fall*). A esto se refería John Kenneth Galbraith en su obra *La cultura de la satisfacción*, cuando afirmaba que “lo que es nuevo en los llamados países capitalistas –y se trata de un punto vital– es que la satisfacción imperante y la creencia resultante son ahora cuestión de muchos, no sólo de unos pocos. Operan bajo la convincente cobertura de la democracia, aunque de una democracia no de todos los ciudadanos sino de aquellos que, en defensa de sus privilegios sociales y económicos, acuden a las urnas. El resultado es un gobierno que se ajusta no a la realidad o a la necesidad común sino a las creencias de los satisfechos, que constituyen hoy la mayoría de los que votan” (Galbraith, 1992: 20).

El movimiento ecologista alemán utilizaba en una pintada la metáfora del atasco: no es posible encontrarse en un atasco o estar en un atasco, somos parte del atasco, somos el atasco. El pensamiento sistémico alerta sobre las miradas y los análisis que nos impiden ver nuestra responsabilidad, contribución e impacto individual e intransferible en los fenómenos sociales, la trascendencia de nuestros actos. No se quiere decir, en

todo caso, que todas las personas tenemos el mismo grado y tipo de responsabilidad en los acontecimientos sociales, pues es evidente la existencia de élites extractivas, de personas que han tenido y siguen teniendo capacidad de decisión en el mundo político, empresarial o bancario y que han provocado grandes daños económicos y patrimoniales a muchas personas y al conjunto de la colectividad. La virtual desaparición, por ejemplo, del entramado de cajas de ahorro en los últimos años en España es una muestra de esto que decimos. Nos encontramos ante una aparente irresponsabilidad organizada, en un contexto de riesgos y complejidad sistémica en el que aparecen fenómenos de colusión de intereses, problemas de gobernanza, consultoría instrumental y delincuencia descarada.

Sea como fuere, se nos estructura (y nos estructuramos) como (en) mercados, a la vez que nos desestructuramos como redes familiares y comunitarias o como sujetos en la esfera laboral o en la arena política. Viejas redes y solidaridades (de clase, de fábrica, de barriada o populares) se destruyen y otras no se acaban de construir, o nacen con fuertes dolores de parto (por ejemplo, vinculadas a los desahucios). La globalización, en alguna medida, es eso. Y la crisis del sistema de bienestar es, en alguna medida, la desestructuración o desarticulación de los sectores sociales y electorales que le dieron sustento, la ruptura de las alianzas sociales y políticas que impulsaban el desarrollo y fortalecimiento de las políticas sociales. Una expresión de dichos procesos de desarticulación o ruptura de sujetos y alianzas es el surgimiento y fortalecimiento de fuerzas políticas xenófobas y virulentamente críticas de las políticas solidarias, fuerzas que cobran fuerza en algunos Estados de bienestar y, particularmente, en capas sociales populares. A la vez, puede haber sectores de las clases medias que tiendan a refugiarse en seguros sanitarios privados o en colegios particulares y dejen de compartir servicios públicos con sectores sociales más populares que no pueden elegir.

Llegamos, finalmente, a un escenario en el que, según se ha dicho, “en síntesis pueden encontrarse tendencias comunes (activación, remercantilización, endurecimiento de las condiciones para generar derecho a las prestaciones, cierta dualización y residualización del bienestar, introducción de diversos grados y tipos de privatización, atención a los nuevos riesgos sociales) que, sin embargo, tienen matices diversos en función de la arquitectura institucional de los sistemas de protección social” (Del Pino y Rubio, 2013b: 46).

Conclusión: ¿y las políticas sociales?

En este relato se subrayan dos elementos que no siempre aparecen con tanta fuerza, posiblemente, en este tipo de análisis y que resultan especialmente relevantes para el diseño de políticas sociales: la centralidad de la crisis de los cuidados y el subrayado acerca de la crisis de los sujetos que, en su dialéctica y en sus pactos, alumbraron el Estado de bienestar. Tanto los fenómenos de más largo aliento como la crisis de los últimos años afectan a las políticas sociales y, por eso se ha hablado de la “doble crisis del Estado de bienestar” (Taylor-Gooby, 2013a). Seguramente, en todo caso, las amenazas externas hacen mella en las debilidades internas e interactúan con una serie de “efectos perversos, apropiaciones indebidas y riesgos morales de las políticas sociales” (Moreno, Luis, 2012: 89). Cabría preguntarse en qué medida el Estado de bienestar llega a unos límites cuantitativos (por la cantidad de solidaridad que está dispuesta a aceptar el electorado) o cualitativos (por la capacidad del Estado de dar respuesta a determinadas necesidades) sin caer en bucles de colonización o paradojas sistémicas (dobles vínculos o trampas sistémicas). Al respecto dirá César Rendueles que “muchas organizaciones revolucionarias surgieron como asociaciones

de apoyo mutuo (...). Del mismo modo, los miembros de un gremio tradicional mantenían vínculos laborales con connotaciones de dependencia ininteligibles desde nuestra percepción de lo que significa una relación profesional. A un maestro de un taller gremial le hubiera resultado absurda la idea de que se puede despedir a un aprendiz incompetente (...). Las organizaciones antagonistas trataron de ir más lejos, cuestionando los sometimientos característicos de las estructuras comunitarias arcaicas y tratando de filtrar aquellas sedimentaciones opresoras. Seguramente fue un paso en falso. No porque fuera una mala idea, sino porque intentaron hacerlo rompiendo con la ética del cuidado y la codependencia (...). Y tal vez por eso la burocratización de los cuidados mutuos a través de un sistema racional e impersonal ha sido una de las grandes amenazas a las que se han enfrentado los proyectos de emancipación. No sé si el izquierdismo es la enfermedad infantil del comunismo, pero desde luego la burocracia es su demencia senil” (Rendueles, 2013: 52).

Las políticas sociales no pueden sino ser pensadas o utilizadas, en última instancia, para el fortalecimiento, reforma, construcción o transformación de un determinado modelo de sociedad. La aplicación de unas u otras políticas sociales es todo menos neutral en relación con la construcción del modelo de sociedad en el que vamos a vivir. ¿Qué tipo de políticas sociales reclama el contexto que hemos dibujado? ¿Podrá el Estado de bienestar hacer frente a las amenazas externas y superar sus debilidades internas? ¿Podrá evitar o revertir procesos de mercantilización o burocratización? ¿Podrán nuestras políticas sociales avanzar simultáneamente en legitimidad y sostenibilidad? ¿Qué tipo de reforma, transformación o reinención necesita nuestra política social para hacer frente, simultáneamente, a la crisis de los cuidados y a la crisis de los sujetos?

El corolario que cabe obtener al final de este capítulo acerca del contexto en el que tienen lugar las políticas sociales es que quienes pretendan ofrecer a la sociedad (y, más específicamente, a los agentes protagonistas de la toma de decisiones en política social) conocimiento significativo y aplicable, no pueden entender que estamos en un tiempo para la inercia o la continuidad o para el retoque o la poda sino más bien para la innovación y la transformación, si la política social quiere responder al reto global y profundo de cumplir su función en y para las sociedades actuales y futuras. Sabemos que los giros o ciabogas son lentos pero, precisamente, por eso, necesitamos mapas y hojas de ruta comprensivas y coherentes y un buen puñado de ideas con fuerza que ofrezcan sentido profundo y orientación estratégica a las decisiones y pasos dentro de una mirada más abarcadora o una visión más amplia.

La pregunta con la que terminaríamos este capítulo se referiría a las condiciones de posibilidad y las características de aquella política social, o de aquellas políticas sociales que estarán en mejores condiciones para abordar y transformar una situación o un contexto como el dibujado en las páginas anteriores. Condiciones de posibilidad e impactos deseados que necesariamente tendrán que ver con las bases sociales y las alianzas políticas de sujetos articulados que den soporte y contenido a los fines y medios de la política social, que no pueden ser otros que los de la relacionalidad, la igualdad, la capacidad y la inclusión. ¿Se trata de “la sintonía y el acuerdo de las grandes corrientes europeas (cristianodemócratas y socialdemócratas principalmente)” (Moreno, Luis, 2012: 213)? ¿Cuál será el papel de nuevas izquierdas, movimientos emancipatorios, sectores indignados²⁶? ¿Cuál el rol de las redes de confianza, el capital social, la innovación social y las experiencias solidarias? ¿Cómo trazar un

²⁶ Stéphane Hessel escribió en 2010 *¡Indignaos!* y ese término ha servido para identificar a nuevos movimientos sociales surgidos, renovados o impulsados en los años posteriores.

arcoíris que vaya desde las experiencias minoritarias, las zonas liberadas, las buenas prácticas o las minorías ejemplares hasta los proyectos de mayor envergadura, las mayorías electorales, los modelos sostenibles y la escala internacional? ¿Qué liderazgos, que discursos, que trayectorias y qué estructuras lo harán posible? ¿Qué conocimiento?

fantova.net